

Autoetnografía de la manifestación política en el levantamiento social del 2019 en Chile

Autoethnography of the political demonstration in the social uprising in Chile

[Artículos de investigación]

Roberto Fernández Droguett*

Recibido: 5 de abril de 2021

Aceptado: 23 de noviembre de 2021

Citar como:

Fernández Droguett, R. (2022). Autoetnografía de la manifestación política en el levantamiento social del 2019 en Chile. *Campos en Ciencias Sociales*, 10(2). <https://doi.org/10.15332/25006681.7939>



Resumen

El viernes 18 de octubre del 2019 inició en Chile un levantamiento social sin precedentes en su historia que mantuvo movilizado a un amplio sector de la sociedad en torno a un conjunto de demandas relativas a la transformación del sistema económico y político imperante. En el presente trabajo doy cuenta de los principales acontecimientos de dicho levantamiento, desde su comienzo hasta el 27 de diciembre del mismo año, desde una perspectiva autoetnográfica, considerando mi participación y experiencia en esos acontecimientos. El abordaje teórico de este fenómeno se basa en la noción de “levantamiento” propuesta por Didi Huberman (2016, 2017) y retomada por Butler (2016), para quienes un levantamiento social implica la puesta en movimiento de cuerpos que rechazan un determinado estado de cosas y actúan juntos para derribarlo. Los principales resultados dan cuenta, por una parte, de la importancia de la apropiación del espacio público por parte de los manifestantes, y, por otra, de los altísimos niveles de represión y de violaciones a los derechos humanos por parte de algunos agentes del Estado chileno.

Palabras clave: Chile, movimiento social, violaciones de los derechos humanos, violencia.

* Universidad de Chile. Correo electrónico: ffd2003@gmail.com; ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9956-0312>

Abstract

On Friday, October 18, 2019, an unprecedented social uprising in the history of Chile began that mobilized a broad sector of society around a set of demands related to the transformation of the prevailing economic and political system. In this paper I describe the main events of this uprising, from its beginning until December 27th of the same year, from an autoethnographic perspective, considering my participation and experience in those events. The theoretical approach to this phenomenon is based on the notion of “uprising” proposed by Didi Huberman (2016, 2017) and taken up by Butler (2016), for whom a social uprising entails the setting in motion of bodies that reject a certain state of affairs and act together to overthrow it. The main results show, on the one hand, the importance of the appropriation of public space by the protesters, and, on the other hand, the extremely high levels of repression and human rights violations by some agents of the Chilean State.

Keywords: Chile, social movement, human rights violations, violence.

Introducción

Después de varios días de evasiones del pago del metro y de protestas por el alza del precio del pasaje protagonizadas por estudiantes de enseñanza media, el viernes 18 de octubre del 2019 inició un levantamiento social en el que se desarrollaron las manifestaciones más importantes de la historia reciente de Chile (Akram, 2020; Matus, 2019). A partir de ese día, las protestas se multiplicaron y masificaron, se levantaron barricadas en muchos barrios de distintas ciudades, se produjeron saqueos y enfrentamientos con las fuerzas policiales, y cerca de 70 estaciones de metro resultaron dañadas, algunas de ellas incendiadas en su totalidad. Al otro día, el gobierno decretó un estado de emergencia a través del cual intentaba acabar con las manifestaciones mediante el despliegue de militares y la instauración de un toque de queda que prohibía la circulación de las personas a partir de las 22:00 horas. Este estado de emergencia duró cerca de dos semanas, y pese a la violenta represión, las protestas se mantuvieron con diversos grados de intensidad. En marzo del 2020 se preveía que las manifestaciones retornarían con más fuerza, pero debido a la crisis sanitaria del coronavirus se produjo una interrupción de la movilización social por causa de las medidas de distanciamiento social. Sin embargo, el descontento se mantuvo a través de las redes sociales, y a partir del mes de agosto, en el marco del proceso de desconfinamiento, volvieron progresivamente las manifestaciones en el espacio público, aunque sin la masividad que tuvieron en el primer periodo.

Siguiendo a Didi-Huberman (2017), la revuelta que da origen a todo levantamiento social supone un rechazo a un orden establecido, pero también la afirmación del deseo de hacer frente a ese orden para derrocarlo. En este sentido, el estado de cosas que se rechaza y que moviliza a la ciudadanía en el estallido chileno remite a un conjunto de condiciones precarias de vida que van mucho más allá del aumento del precio del pasaje del metro (Artaza, 2019; Grez, 2019; Morales, 2020; Urzúa y Calderón, 2020). Así, en el levantamiento se expresan una multitud de demandas relativas, entre otras, a la educación, al sistema de AFP —Administradoras de Fondos de Pensiones—, a la salud, al salario mínimo, a los derechos de las mujeres y del pueblo mapuche, al sistema de representación política y a la represión estatal y policial (Echeverría et ál., 2019). En definitiva, este proceso es el resultado tanto de la crisis del neoliberalismo imperante en Chile, así como de las limitaciones del proceso de democratización posdictatorial y de la incapacidad de las élites políticas y económicas de abordar y resolver estas problemáticas (Artaza, 2019; Grez, 2019; Morales, 2020).

El proceso iniciado el 18 de octubre del 2019 ha recibido distintos nombres. Se ha hablado de estallido, de revuelta, de rebelión, de revolución, de sublevación, de primavera chilena, entre otros. Pero este aspecto de nominación del proceso no es menor, ya que, como afirman Cuevas y Budrovich (2020), la elección de conceptos es asumir una postura teórica e ideológica que le da un sentido histórico y político particular al acontecimiento. En este trabajo propongo utilizar el concepto de “levantamiento” desarrollado por Didi-Huberman (2016, 2017) y retomado por Butler (2016), con el fin de relevar que todo fenómeno de revuelta o protesta social tiene una dimensión corporal de despliegue de los cuerpos que encarnan el descontento, pero que también sufren las respuestas y mecanismos de control y represión a ese despliegue.

Como señalan estos autores, un levantamiento supone fuerzas que se movilizan y ponen en movimiento a sujetos tanto individuales como colectivos para rechazar, desobedecer y actuar en relación con un determinado estado de cosas que nos somete, nos abruma y nos hace sufrir. “Un levantamiento exige entonces que reconozcamos no solamente que el sufrimiento del individuo es un sufrimiento compartido, sino que también un grupo comparte haber sobrepasado su límite” (Butler, 2016, p. 24).

Cabe precisar que la palabra original en francés para lo que llamo “levantamiento” es *soulevement*, y que ha sido traducida mayormente como “sublevación”, en atención a dar cuenta de la dimensión política del concepto en el trabajo de algunos autores. Sin embargo, considero que traducirla como “levantamiento” es

más adecuado en la medida que releva el desencadenamiento de fuerzas físicas y psíquicas que supone un levantamiento y su dimensión gestual y corporal. En este sentido, toda sublevación o levantamiento social supone la revuelta de un cuerpo que, en relación con otros cuerpos, se levanta contra una determinada situación de opresión compartida y se enfrenta a ella. Como señala Butler (2016), en alemán la palabra puede significar indignación, levantamiento, revuelta o revolución según el contexto, pero siempre remite a la idea de pararse. Lo mismo sucede con la palabra en francés que, según la autora, también implica sacarse un peso de encima, tener la capacidad física de erguirse como una forma de liberación, y liberarse simbólicamente de las cadenas que nos oprimen y nos someten.

Siguiendo los planteamientos de Butler (2016, 2017) y Didi-Huberman (2016, 2017), para quienes la acción conjunta de los cuerpos en el espacio público es una categoría fundamental de análisis de las revueltas sociales, todo levantamiento supone la ocupación política de los espacios urbanos, y de modo contemporáneo, su difusión a través de medios virtuales. Para Butler (2017), siguiendo los planteamientos de Arendt (2005), la acción política siempre supone un actuar juntos en el que los cuerpos se ponen en escena en el espacio público, entendido como un espacio de aparición donde los cuerpos se visibilizan, se articulan y generan alianzas para la acción conjunta contra la precariedad. Según Butler (2017):

Cuando los cuerpos se congregan en la calle, en una plaza o en otros espacios públicos [virtuales incluidos] están ejercitando un derecho plural y performativo a la aparición, un derecho que afirma e instala el cuerpo en medio del campo político, y que, amparándose en esa función expresiva y significativa, reclaman para el cuerpo condiciones económicas, sociales y políticas que hagan la vida más digna, más vivible, de manera que esta ya no se vea afectada por las formas de precariedad impuestas. (p. 18)

Si bien la revuelta social conlleva una multiplicidad de dimensiones políticas, económicas, culturales y psicosociales, una de sus características ha sido la intensiva ocupación y apropiación del espacio público para la manifestación política. Sin embargo, por otra parte, este despliegue de los cuerpos en el espacio público ha tenido como respuesta una brutal represión por parte del gobierno, que se ha saldado en masivas y sistemáticas violaciones a los derechos humanos (Pérez y Troncoso, 2020; Torres, 2020). Según la información recopilada por el Instituto Nacional de los Derechos Humanos (INDH), entre el 18 de octubre del 2019 y el 19 de marzo del 2020 se registraron 23 muertos, 3838 personas heridas y 11 389 personas detenidas (Cortés et ál., 2021). Más allá de las cifras, la

participación de la ciudadanía en manifestaciones ha implicado en la gran mayoría de los casos exponerse a lanzamiento de agua y gases lacrimógenos, así como a disparos, perdigones, detenciones y otras situaciones de violencia política.

En lo personal, al igual que muchas personas que salieron a manifestarse, fui objeto de esa violencia, la cual no solamente experimenté, sino que también procuré registrar con fotografías, archivos y notas de campo con fines académicos. Considerando este cruce es que he optado por una metodología autoetnográfica (Ellis et ál., 2011; Esteban, 2004; Fernández, 2013b; Reed-Danahays, 1997), a través de la cual poder, por una parte, documentar hitos relevantes del proceso, y, por otra, dar cuenta de cómo se desarrolló el levantamiento de los cuerpos en el espacio público y cómo operó la represión sobre ellos.

Metodología

La autoetnografía es un tipo de investigación que aborda el fenómeno estudiado desde la experiencia personal del investigador cuando este es parte de dicho fenómeno (Fernández, 2013b; Ellis et ál., 2011; Esteban, 2004; Reed-Danahays, 1997). Esto supone asumir que el investigador siempre está implicado de alguna manera en la realidad que estudia, y que en ocasiones esa implicación puede ser activa. Como señalan Denzin y Lincoln (2012), “nosotros comprendemos que el investigador no es un observador neutral y objetivo. Nosotros sabemos que este individuo es siempre históricamente situado, jamás habilitado para dar más que una interpretación parcial de cada situación” (p. 11). En este sentido, la autoetnografía permite utilizar la propia experiencia como una fuente de conocimiento para elaborar interpretaciones que guardan congruencia con las experiencias de los participantes del campo que se investiga. Como señala Esteban (2004):

No se trata, sin embargo, de una mera reivindicación de la conveniencia del abordaje de la experiencia, sino de utilizar la propia experiencia como una forma de llegar a la dimensión cultural, pero también a la política y a la económica de los fenómenos estudiados, yendo y viniendo de lo local a lo global, de lo individual a lo colectivo. (p. 18)

En términos personales, participé del levantamiento social desde el día viernes 18 de octubre, principalmente sumándome a las manifestaciones en las calles. El viernes 27 de diciembre tuve una caída mientras procuraba ponerme a resguardo de la represión policial. La lesión que me ocasionó dicha caída tuvo, entre otras

consecuencias, el no poder volver a la calle por varias semanas. También me hizo vivenciar una experiencia de daño corporal que, como a mí, también afectó a mucha gente. Es en este sentido que consideré pertinente en este trabajo referirme a mi experiencia tanto de la manifestación como de la violencia represiva, al ser experiencias colectivas y distintivas del levantamiento social. Como señalan Didi-Huberman (2016, 2017) y Butler (2016, 2017), un levantamiento social es siempre una experiencia colectiva que se articula a una experiencia individual. Para dar cuenta de esta articulación es que procuré seguir las orientaciones de la autoetnografía, en los términos que señalan Ellis et ál. (2011):

Cuando un investigador escribe una autoetnografía, lo que busca es producir una descripción densa, estética y evocadora de la experiencia personal e interpersonal. Esto se logra, en primer lugar, al discernir patrones de la experiencia cultural que surgen de las notas de campo, las entrevistas y/o los artefactos. Luego, se describen estos patrones utilizando estrategias propias de la narración (p. ej., desarrollo de personajes y de una trama), mostrando y contando, y alterando la voz del autor. Así, el autoetnografía no sólo trata que la experiencia personal resulte significativa y comprometida con la experiencia cultural, sino que, al producir textos accesibles, él o ella también pueda ser capaz de llegar a un público más amplio y diverso que la investigación tradicional generalmente no tiene en cuenta, un movimiento que puede hacer posible el cambio personal y social a más personas. (p. 255)

Resultados y discusión

El levantamiento social, en tanto proceso sociopolítico que tiene como fecha de comienzo el 18 de octubre del 2019, ha tenido diversos momentos que permiten aventurar una propuesta de periodización que ayude a una mayor comprensión del mismo. En este sentido, es posible distinguir un primer periodo que va del 18 de octubre del 2019 a mitad de marzo del 2020, que es cuando comenzaron las medidas sanitarias asociadas a la pandemia del covid-19 y que implicaron una paralización de las manifestaciones en el espacio público, aunque estas retornaron con características diferentes en agosto del mismo año.

Respecto al primer periodo, que es el que abarca el presente trabajo, también podemos hacer algunas distinciones temporales asociadas a elementos políticos específicos. En este sentido, podemos identificar una primera etapa de la revuelta, que va del 18 de octubre hasta el 15 de noviembre, cuando se firmó el “Acuerdo por la paz social y nueva constitución”, a través del cual la institucionalidad política intentó frenar las protestas y darle un curso electoral mediante la escritura

de una constitución política del Estado, siendo esta una de las principales demandas ciudadanas. Luego podemos identificar una segunda etapa, marcada por los esfuerzos del gobierno de terminar con las manifestaciones, particularmente en el sector centro de Santiago; un esfuerzo que tuvo su máxima expresión en la implementación de la estrategia de copamiento policial del sector. Finalmente, durante los meses de enero y febrero se produjo cierto declive en la masividad de las manifestaciones, aunque estas retomaron su fuerza en marzo, particularmente con el Día Internacional de la Mujer el 8 de marzo, ocasión en que salieron millones de mujeres a manifestarse a través de todo Chile. No obstante, pese a que se preveía que la conflictividad social iría en aumento, la pandemia del covid-19 implicó una paralización prácticamente total de las movilizaciones en el espacio público.

18 de octubre: del metro a la calle como escenario de la protesta social

Aun cuando el levantamiento social comenzó el 18 de octubre con la quema o destrucción de decenas de estaciones del metro y la salida a las calles de miles de personas a protestar, las manifestaciones iniciaron varios días antes con las protestas de estudiantes secundarios contra el alza de 30 pesos en el pasaje del metro. Recurriendo a una estrategia ya utilizada en otros momentos de la historia por los mismos estudiantes secundarios, estos entraron corriendo masivamente a las estaciones y saltaron los torniquetes sin pagar el pasaje.

Gracias a las cámaras fotográficas y teléfonos celulares, el gesto de saltar los torniquetes se transformó en una imagen de rápida circulación a través de los medios de comunicación y las redes sociales, convirtiéndose en un símbolo que luego se asociaría a otras imágenes, como la ocupación de las estaciones del metro por parte de manifestantes, el cierre de las mismas, la presencia de carabineros dentro y fuera de ellas, la destrucción de los torniquetes, los primeros enfrentamientos en los andenes, etc., hasta llegar al día viernes 18, cuando no solamente se incendiaron varias estaciones, sino que, de modo simbólico, se incendió todo el país con una fuerza y velocidad impensada. Esa noche y las siguientes, la gente salió masivamente a manifestarse y a hacer barricadas tanto en el centro como en los barrios de distintas ciudades del país, dando cuenta de un fenómeno de carácter nacional.

Ese viernes 18 de octubre en la tarde acompañé a mi hijo de 16 años a una manifestación en una estación del metro. Si bien las protestas las habían comenzado los estudiantes secundarios, cada día se sumaba más gente a las

manifestaciones, probablemente en parte sensibilizada —como en mi caso— con la fuerte represión policial que se desarrollaba dentro de las estaciones, donde carabineros no solamente golpeaban y detenían a manifestantes, sino que incluso disparaban perdigones, dejando los primeros heridos graves de la revuelta.

En el metro donde se desarrollaría la manifestación a la que asistí se encontraban una decena de carabineros que, frente al intento de los estudiantes de entrar al metro, comenzaron a lanzar bombas lacrimógenas. Algunos manifestantes respondieron lanzando piedras, mientras que el resto se mantuvo en el lugar gritando consignas e interrumpiendo parcialmente el tránsito durante cerca de dos horas. Si bien la manifestación comenzó siendo casi exclusiva de estudiantes secundarios, muy rápidamente se le fue sumando más gente. Luego de ese tiempo, la gente comenzó a retirarse, mientras en redes sociales y medios de comunicación circulaba la información de que se estaban realizando manifestaciones en muchos lugares de Santiago, las cuales incluían la quema de estaciones de metro, principalmente en sectores periféricos de la ciudad.

Mientras volvíamos con mi hijo a nuestro barrio, nos fuimos encontrando con un gran número de manifestantes en las calles, quienes de forma espontánea comenzaron a congregarse en la Plaza Ñuñoa, centro cívico de la comuna del mismo nombre, lugar donde había llegado ya mucha gente a protestar. Luego de unas horas, cuando ya estaba oscuro, se podía ver por las calles del sector una gran cantidad de barricadas encendidas con personas manifestándose. Lo mismo sucedía en diversas calles y plazas de distintas ciudades de Chile.

Expansión de la revuelta y estado de excepción con militares en las calles

Debido a la magnitud y radicalidad de la revuelta, el día sábado 20 de octubre, en la madrugada, el presidente Piñera declaró el estado de emergencia para la Región Metropolitana, el cual se fue extendiendo posteriormente a otras regiones del país, manteniéndose hasta el domingo 27 de octubre. Este estado de emergencia incluyó el despliegue de militares en las calles y el establecimiento de un toque de queda nocturno que se mantuvo hasta el sábado 26. Sin embargo, pese este estado de emergencia, las manifestaciones no solamente se mantuvieron, sino que fueron en aumento en todas las ciudades principales del país.

En estos primeros días, las estaciones del metro se mantuvieron como foco importante de la revuelta, no solamente por el simbolismo que habían adquirido, sino también porque sus accesos comenzaron a ser resguardados por militares —

además de carabineros—, lo que aumentó la indignación ciudadana y se tradujo en manifestaciones de repudio a su presencia. En lo personal me tocó ver cómo militares apostados en algunas estaciones eran increpados frecuentemente por manifestantes, pero sin que se registraran enfrentamientos directos con ellos. Sin embargo, en otros barrios y ciudades los militares protagonizaron hechos de violencia contra los manifestantes, incluyendo disparos, golpizas y amenazas. Aquí llama la atención que a un sector importante de la población la presencia de los militares en las calles no les generó el miedo que sí les generó a otro sector. En general, la gente mayor de cuarenta años sufrió un gran impacto con este hecho, principalmente por los recuerdos de la dictadura militar, pero para las personas más jóvenes este impacto no fue tan importante y se mantuvieron muy activas en las calles. De este modo, el despliegue militar no consiguió la desmovilización de la ciudadanía, la cual, por el contrario, siguió en aumento.

Tras 10 días con los militares en las calles, el presidente Piñera levantó el estado de emergencia, sin que esto redujera tampoco la movilización social. De hecho, el viernes 25 de octubre se realizó una manifestación en el centro de Santiago en la que participaron más de un millón doscientas mil personas, siendo la más multitudinaria de toda la historia de Chile. En términos de convocatoria, no cabe duda que este fue el momento más importante del levantamiento social, el cual reflejó con fuerza la consigna “Chile despertó”.

Represión policial, bombas lacrimógenas, perdigones y “primera línea”

Entrando a noviembre, la represión policial se acrecentó, particularmente en el sector de Plaza de la Dignidad. De hecho, una de las experiencias propias de ir a este sector fue sentir el característico olor a gas lacrimógeno, que después de semanas de enfrentamientos ya no se disolvía y afectaba a cualquier persona que pasara por el lugar, quienes generalmente presentaban estornudos y picazón en ojos y garganta. Luego, según la cantidad de gases que carabineros lanzaban a cada ocasión, las molestias podían ser mucho mayores, ya que producían tos, ardor intenso en los ojos, sensación de ahogo, desorientación e incluso vómitos y desmayos. En dos ocasiones me vi muy afectado por los gases, una vez quedando con dificultades para respirar y otra quedando al borde del desmayo. En estas y otras ocasiones menos graves resultó fundamental el apoyo de manifestantes y de voluntarios de salud que te ponían agua con bicarbonato en el rostro para ayudar a paliar los síntomas y te acompañaban para sentir cierta seguridad y apoyo dentro del miedo y la incertidumbre que se vivía en esos momentos.

Durante todas estas semanas, carabineros fue haciendo un uso cada vez más sistemático de escopetas que disparaban perdigones, por lo cual se fue multiplicando rápidamente el número de heridos con estos proyectiles. También comenzó a haber una gran cantidad de personas con heridas y mutilaciones oculares producto de disparos al rostro. Esto fue aumentando la rabia, pero también la organización y la autodefensa de los manifestantes, quienes, pese a la represión, siguieron manifestándose por miles. Una de las consignas que dio cuenta de esta convicción fue “nos quitaron todo, hasta el miedo”.

No recuerdo dónde ni cuándo escuché hablar por primera vez de la “primera línea”. El término comenzó a utilizarse para dar cuenta del sector de manifestantes que se enfrentaba a carabineros, primero con piedras, y luego haciendo barricadas y utilizando escudos, capuchas, cascos, antiparras y otros implementos para no resultar heridos. En un comienzo, la primera línea era más bien un espacio inorgánico donde los manifestantes más radicalizados se enfrentaban a carabineros, pero rápidamente estos manifestantes fueron incorporando distintos implementos, como escudos y capuchas, lo que les fue dando una cierta identidad colectiva, aun cuando no fuera propiamente un espacio grupal estructurado. Con el tiempo también fueron incorporando prácticas como neutralizar las bombas lacrimógenas metiéndolas en bidones con agua y bicarbonato, romper el pavimento para obtener piedras que pudieran ser utilizadas como proyectiles contra carabineros, y proveer agua con bicarbonato para quienes estuvieran ahogados por los gases lacrimógenos. También era frecuente que llegaran bandas de bronce y percusión a tocar música como forma de apoyo.

Dado que la mayoría de quienes participaban en la primera línea ejercían violencia contra carabineros, principalmente lanzando piedras y en mucho menor medida bombas molotov, este espacio no dejó de ser polémico y problemático. Sin embargo, llama la atención que ha recibido un reconocimiento y apoyo social importante, en la medida en que se considera que efectivamente sus integrantes protegieron a quienes querían manifestarse pacíficamente.

Gustavo y Fabiola

Si bien desde el comienzo del levantamiento social hubo una represión importante, con muertos, heridos, torturados y mutilados, los casos de Gustavo Gatica y Fabiola Campillay fueron emblemáticos por el nivel de brutalidad de la violencia policial y sus efectos en estas personas, quienes perdieron la vista de

ambos ojos producto de disparos de perdigones en el primer caso y de una bomba lacrimógena en el segundo.

El viernes 8 de noviembre, el estudiante de psicología de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Gustavo Gatica, de 21 años, recibió un disparo de perdigones en los ojos. Algunos días después se confirmó la pérdida total de la vista en ambos ojos. También circuló una fotografía en que se le ve sentado en la calle con sangre cayendo de sus ojos. De este modo, Gustavo se transformó en un símbolo de la violencia policial y particularmente de las mutilaciones oculares producto de tiros de perdigones y bombas lacrimógenas por parte de carabineros. El día que Gustavo fue herido, la cifra era de 182 personas con daños oculares según el Instituto Nacional de Derechos Humanos, cifra que siguió en aumento pese a las denuncias de organismos nacionales e internacionales de derechos humanos.

El sábado 9 de noviembre se realizó un acto de apoyo a Gustavo y su familia en las afueras de la Clínica Santa María, donde se encontraba internado. Conocía a varios profesores de la universidad donde estudia Gustavo, por lo que decidí asistir. Llegó una centena de personas, algunas con pancartas y lienzos, y mientras estábamos ubicados fuera de la clínica, llegaron varias patrullas policiales, lo cual generó la molestia de los asistentes, quienes los increparon y los conminaron a retirarse. La respuesta de carabineros fue el lanzamiento de bombas lacrimógenas, lo que obligó a la gente a arrancar hacia adentro del recinto hospitalario. Luego, los carabineros se retiraron y la gente volvió a salir a manifestarse. En dos ocasiones más, carabineros pasó lanzando gases lacrimógenos y gas pimienta. Hasta ese momento, nunca había sentido el gas pimienta. El efecto sobre las vías respiratorias y los ojos es mucho más fuerte que el del gas lacrimógeno, pero además produce una irritación muy dolorosa y prolongada en la piel. Al igual que las otras personas en el lugar, sentí una profunda indignación, pero esta resultó ser, sin embargo, una motivación para seguir apoyando las manifestaciones.

Por otra parte, el martes 26 de noviembre, Fabiola Campillay, con 36 años y tres hijos, salió de su casa para ir a su trabajo. Había habido manifestaciones en su barrio, por lo que carabineros se encontraba desplegado. A dos cuadras de su casa, un efectivo de carabineros le disparó una bomba lacrimógena al rostro que la desfiguró y la dejó sin la visión de sus dos ojos. Hasta que las manifestaciones se detuvieron a mitad de marzo, carabineros siguió disparando al rostro y la cifra de heridos oculares y mutilados siguió en aumento, hasta llegar a 460, según las cifras del Instituto Nacional de Derechos Humanos. Lamentablemente, los ojos

mutilados y particularmente Gustavo y Fabiola se transformaron en un emblema trágico del levantamiento social.

La Plaza de la Dignidad

El sector conocido como Plaza Italia, ubicado en la intersección de dos avenidas principales de la ciudad de Santiago —la Alameda Bernardo O’Higgins y Vicuña Mackenna—, siempre ha sido un lugar de manifestación ciudadana, no solamente en términos políticos sino también en términos deportivos y culturales. Desde el comienzo del levantamiento social, el lugar se transformó en el principal espacio de manifestación, motivo por el cual recibió el nombre de “zona cero” por parte de los medios de comunicación, debido a que el uso intensivo del espacio produjo un deterioro significativo del mobiliario urbano y lo hizo ver como una zona en guerra: destrucción de señaléticas, semáforos, paraderos de locomoción, etc. Sin embargo, los manifestantes rebautizaron el sector como Plaza de la Dignidad. En diferentes ocasiones hubo lienzos e incluso se colocaron placas en la estatua de Baquedano para renombrar el lugar; en los sectores movilizadas ya no se hablaba de Plaza Italia, sino definitivamente de Plaza de la Dignidad.

En este entorno hubo dos lugares fundamentales respecto al uso y significado que le dieron los manifestantes: la Plaza Baquedano, donde se encuentra la estatua ecuestre del general del mismo nombre, y la entrada principal al metro Baquedano. En el caso de la Plaza Baquedano, su importancia está dada por su centralidad espacial y visual y porque la estatua de Baquedano permite subirse a ella y quedar a varios metros del suelo, lo que otorgaba visibilidad a quienes se subían a ella, generalmente enarbolando alguna bandera. De hecho, una de las fotografías emblemáticas fue justamente una de la estatua llena de gente con banderas mapuches y chilenas, aunque muchas veces también se podía ver banderas feministas y de barras de fútbol, las cuales tenían una presencia activa particularmente los viernes. Asimismo, la estatua y su pedestal fueron permanentemente intervenidos con rayados, grafitis e incluso telas que resignificaron completamente el sentido original de la estatua, que era rendir homenaje a una figura del ejército chileno del siglo XIX. Cabe destacar que la intervención de monumentos y estatuas ha sido una constante del levantamiento en diversas ciudades del país, y que en muchos casos incluso han sido destruidos o derribados.

Con el paso de las semanas, en uno de los departamentos de un edificio ubicado en la Alameda, a pocos metros de Vicuña Mackenna, se instaló la Radio Plaza de

la Dignidad, que transmitía música e invitaba a bandas a tocar, lo que hizo que se transformara en un lugar de agrupación de manifestantes, al igual que en los dos casos anteriores.

Otro lugar que fue cobrando relevancia fue el sitio donde falleció Mauricio Fredes, manifestante de 33 años, quien cayó a un hoyo de alcantarilla sin tapa lleno de agua y murió ahogado mientras huía de la represión policial, en circunstancias que no han sido aclaradas. El lugar, ubicado en Alameda, esquina Irene Morales, se transformó en un lugar de memoria donde había murales y grafitis en su honor y se ponían velas, pañuelos, cascos, casquillos de bombas lacrimógenas, banderas y diversos objetos propios de la vida en la primera línea.

Si bien las manifestaciones más visibles eran las de los viernes, y dentro de estas lo que más cubrían los medios eran los enfrentamientos de la primera línea con carabineros, durante todas las manifestaciones se desarrollaba una serie de formas de ocupación del espacio público que lo iban transformando en un espacio plural, complejo y dinámico. Había presentaciones de grupos de música, de danza, de teatro, así como mucho comerciante ambulante que vendía comida, bebidas e implementos propios de la manifestación, como pañuelos, banderas, gorros y poleras con consignas relativas al levantamiento social.

Las Tesis y los cuerpos feministas

Si bien el movimiento social se mantenía muy activo, aunque con algo menos de participación y una cobertura de prensa muy menor a la de las primeras semanas, la irrupción de la *performance* “Un violador en tu camino” del colectivo feminista *Las Tesis* a mitad de noviembre vino a darle un nuevo aire al levantamiento. La *performance* consistió en una coreografía en la que las participantes interpretaban una canción cuya letra denunciaba distintas formas de violencia del patriarcado, como el acoso, la discriminación, la violación, el asesinato y la desaparición forzada. La canción también hace referencia a carabineros tanto en su título, “Un violador en tu camino”, en referencia a una campaña de la institución llamada “Carabinero, un amigo en tu camino”, como en la letra, donde se utiliza un segmento del himno institucional: “duerme tranquila niña inocente, sin preocuparte del bandolero, que por tus sueños dulce y sonriente vela tu amante carabinero”. Cabe precisar que durante las primeras semanas del levantamiento social se hicieron varias denuncias de violación y abuso sexual por parte de carabineros hacia hombres y mujeres detenidos en manifestaciones, por lo que esta *performance* dio cuenta de esta dimensión de la violencia política, y que

generó un gran impacto e indignación en la opinión pública. Según el INDH, a la fecha del 19 de marzo del 2020 había 257 casos de denuncia de violencia sexual de diverso tipo.

La primera intervención se realizó el 18 de noviembre en Valparaíso y su viralización a través de redes sociales generó gran impacto y luego fue reproducida en diferentes ciudades y países. En varias ocasiones la *performance* se realizó frente de comisarías, pero esta era interrumpida en muchos casos por carabineros, quienes reprimían a las participantes, generalmente con gases lacrimógenos. En Santiago, a finales de noviembre se realizó en varias ocasiones la *performance* en distintos lugares —como el Ministerio de la Mujer y la Equidad de Género, el GAM, en el Paseo Ahumada, el Estadio Nacional y en la Plaza de la Dignidad—, lo cual sumó a distintas generaciones de mujeres y le dio gran notoriedad a las reivindicaciones feministas en el marco del levantamiento social, al visibilizar los cuerpos femeninos que se habían visto algo desplazados por la mayor presencia visual que habían adquirido los cuerpos masculinos de la primera línea, más numerosos que los de las mujeres.

El copamiento policial de la Plaza de la Dignidad

Como una forma de enfrentar la masividad de las manifestaciones y los enfrentamientos entre carabineros y la primera línea, el viernes 20 de diciembre se oficializó la estrategia de “copamiento preventivo” que venía ya aplicándose hace varios días, y que consistía en desplegar una gran cantidad de carabineros para que la gente no pudiera llegar a manifestarse en centro de Santiago. Ese día se desplegaron más de mil carabineros en el sector de Plaza de la Dignidad, quienes reprimieron con violencia a todos los que intentaban acercarse a la plaza. Durante los enfrentamientos, un carro lanza gases atropelló a un joven manifestante, aplastándolo contra otro carro policial y dejándolo con múltiples fracturas, lo cual causó un gran impacto en la opinión pública debido a la difusión de una filmación del momento del atropello.

Con el paso de los días, esta estrategia de copamiento se fue desactivando, sobre todo por sus escasos resultados, ya que no disminuyeron las manifestaciones y aumentó el número de heridos, y porque el intendente de Santiago fue objeto de una acusación constitucional en el Parlamento por haber infringido el derecho de expresión y reunión contemplados en la Constitución Política de la República. Uno de los efectos del copamiento policial del entorno de Plaza de la Dignidad fue que la ocupación de la plaza, y específicamente del sector de la estatua de

Baquadano, centro simbólico de las manifestaciones, se transformó en una conquista que implicó muchas horas de enfrentamientos entre la primera línea y los carabineros apostados en el lugar, lo cual aumentó significativamente el número de heridos y detenidos.

Viernes 27 de diciembre

Ese día, al igual que todos los viernes, había muchísimos carabineros en todo el sector. Desde las 17:00 horas, los manifestantes intentaban en reiteradas ocasiones llegar a la Plaza, pero estos eran reprimidos y dispersados una y otra vez. Sin embargo, dada la cantidad de gente enfrentándose a carabineros, estos se replegaron y eso permitió que la gente pudiera llegar a la plaza cerca de las 18:30 horas, la cual, al quedar libre de la presencia policial, se llenó de personas muy rápidamente.

Dos cuadras más abajo, en la calle Ramón Corbalán, los enfrentamientos entre la primera línea y carabineros se mantuvieron de la misma forma que en otras ocasiones. Cerca de las 20:30 horas, efectivos de carabineros avanzaron por Ramón Corbalán hacia la Alameda —donde se encontraban los manifestantes— y comenzaron a disparar perdigones hacia ese sector, en el cual me encontraba junto con varias decenas de personas. Debido a los disparos, comencé a correr con el resto, y luego de algunos metros me tropecé en uno de los muchos hoyos existentes en el lugar y caí contra el piso. Debido a la fuerza del impacto, quedé un momento sin poder moverme, pero recordé a los carabineros que nos venían persiguiendo y pensé que me podían detener o golpear, por lo que traté de levantarme, sin lograrlo. En ese momento, dos manifestantes de la primera línea llegaron y me levantaron del suelo para llevarme a un puesto cercano de primeros auxilios.

Los voluntarios de la brigada de primeros auxilios me preguntaron mi nombre y cómo me encontraba, y luego me llevaron al Centro Cultural Gabriela Mistral GAM, donde hay más personal médico. Es un recorrido de una decena de metros. Ya estaba oscuro y se escuchaban muchos disparos de perdigones y bombas lacrimógenas. Adentro me recibieron otros jóvenes voluntarios que se encontraban atendiendo a varios heridos. Después de revisarme, me remitieron a un centro para que me revisaran la lesión que tenía en el hombro. Después de muchas dificultades para abandonar el sector por la represión imperante, logré llegar a un hospital cercano para que me atendieran. Estando ahí fue que me enteré de la muerte de Mauricio Fredes, quien mientras huía de carabineros cayó a

un pozo con agua y murió ahogado. Pese al dolor que sentía por mi lesión, pensé que pude haber resultado con mucho daño y que cualquiera de nosotros pudo haber muerto ese día, al igual que Mauricio.

La lesión producto de la caída me obligó a dejar de salir a la calle. También me hizo enfrentarme muy directamente con la realidad de la violencia y el fantasma de sus consecuencias. Sabía que me podían golpear, que me podían detener, que me podía llegar una bomba lacrimógena y uno o varios perdigones, o que me podía desmayar por los gases lacrimógenos, pero jamás pensé en la posibilidad de caerme ni menos de lesionarme por esa razón. Después, gracias a una amiga y colega que trabajaba de voluntaria en uno de los tantos equipos de primeros auxilios, supe que había muchos heridos por caídas, con lesiones en hombros, brazos, rodillas y tobillos. Varias centenas de heridos que no quedan en ninguna estadística. De ahí en adelante vi las manifestaciones a través de los medios de comunicación y en las redes sociales hasta recuperarme y alcanzar a asistir a algunas de ellas hasta el comienzo de la pandemia y luego en el 2020, aunque de manera más esporádica debido a las restricciones sanitarias.

Conclusiones

En su trabajo sobre los levantamientos, Didi-Huberman (2017) plantea que estos comienzan con un gesto, el cual, como vimos en el caso chileno, fue el de saltar los torniquetes del metro, aunque este suponía un conflicto previo que justificaba su existencia. Pese a que muchos analistas y políticos dijeron no haber visto venir el levantamiento (Artaza, 2019), lo cierto es que el malestar de un amplio sector de la ciudadanía venía expresándose hace tiempo en las calles, como lo evidenciaron las manifestaciones del año 2011 (Fernández, 2013a). Desde ese año el malestar se transformó en conflicto y en acción, y llevó al levantamiento de los cuerpos ciudadanos, cansados de sus condiciones de vida, de la desigualdad, del abuso, pero sobre todo de los atropellos a su dignidad. Recordemos que unos pocos días antes del levantamiento, a propósito del alza del precio del pasaje del metro, el ministro de economía había señalado que quienes se levantaran más temprano se beneficiarían de una tarifa más baja, declaración por la cual tuvo que salir a pedir disculpas públicas. Sin duda resultó relevante hacer una revisión no solamente de las medidas políticas y económicas que habían afectado a la población, sino también —y quizás, sobre todo— de cuáles han sido las transgresiones simbólicas que favorecieron el hastío y la movilización de la ciudadanía. No por nada el lugar más importante del levantamiento social fue bautizado como Plaza de la Dignidad.

El levantamiento social ha sido fértil en consignas y conceptos que dan cuenta de la multidimensionalidad de la conflictividad social que se encuentra en su origen y en las demandas que movilizan a la ciudadanía. De este modo, las palabras participan de la construcción de sentido del levantamiento, pero también se requieren para elaborar su relato. Poner en palabras el levantamiento social para documentarlo y comprenderlo supone un compromiso ineludible para las disciplinas de las ciencias sociales y las humanidades, con el fin de contribuir a las transformaciones sociales en curso. Asimismo, dicho compromiso supone asumir una postura que, como lo sostienen la autoetnografía y otras perspectivas de investigación (Denzin y Lincoln, 2012; Esteban, 2004), no puede ampararse en una supuesta neutralidad científica, sino que debe erguirse sobre una sólida posición ética y política.

Estar en las calles desde el 18 de octubre fue una intensa experiencia individual y colectiva. Actuar con otros para constituirnos efectivamente como ciudadanos, siguiendo a Arendt (2005) y Butler (2017), permitió una reconfiguración de una ciudadanía que estaba recluida y aislada políticamente, aunque también implicó la exposición a la violencia policial, cuyas consecuencias fueron gravísimas para muchísima gente. Además de los muertos, los heridos, los torturados, los mutilados y los detenidos, también hay una gran cantidad de personas que no está incluida en las estadísticas, quienes sufrieron ahogos y desmayos producto de gases lacrimógenos, golpizas y accidentes de todo tipo. Desde el punto de vista de la salud mental, no son pocas las personas que sufrieron cuadros graves de ansiedad, miedo y otras alteraciones productos de la violencia policial. Sin embargo, el levantamiento siguió su curso y los cuerpos siguen irguiéndose con dignidad contra la desigualdad, la precariedad y el abuso.

Referencias

- Akram, A. (2020). *El estallido. ¿Por qué?, ¿hacia dónde?* Ediciones El Desconcierto.
- Arendt, H. (2005). *La condición humana*. Paidós.
- Artaza, P. (2019). Nuestro sistema político: miedo a lo social e ilegitimidad. En M. Folchi (Ed.), *Chile despertó. Lecturas desde la Historia del estallido social de octubre*. Universidad de Chile.
- Butler, J. (2016). Soulèvement. En G. Didi-Huberman (Ed.), *Soulèvements*. Gallimard/Jeu de Paume.
- Butler, J. (2017). *Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea*. Paidós.

- Cortés S., Martínez-Gutiérrez, M. y Anríquez, S. (2021). Vulneración de derechos humanos en las movilizaciones de octubre de 2019 en Chile. *Gaceta Sanitaria*, 35(4), 399-401.
<https://doi.org/10.1016/j.gaceta.2020.12.029>
- Cuevas, H. y Budrovich, J. (2020). ¿Revolución, revuelta, despertar de un pueblo o “estallido social”? A un año de la crisis de octubre de 2019 en Chile. *Revista F@ro*, 2(32), 159-181.
<http://revistafaro.cl/index.php/Faro/article/view/633>
- Denzin, N. K. y Lincoln, Y. S. (2012). *Manual de investigación cualitativa. El campo de la investigación cualitativa*. Gedisa.
- Didi-Huberman, G. (2016). Para les désir qui nous souleve (fragment su ce qui nou souleve). En G. Didi-Huberman (Ed.), *Soulèvements*. Gallimard/Jeu de Paume.
- Didi-Huberman, G. (2017). *Sublevaciones*. Editorial Universidad Nacional de Tres de Febrero UNTREF.
- Echeverría, L., Rebolledo J. y Tótoro, D. (2019). *Hasta que valga la pena vivir. La revolución de octubre de 2019 en los muros de Santiago*. Ceibo.
- Ellis, C., Adams, T. y Bochner, A. (2011). Autoethnography: An Overview [40 paragraphs]. *Forum: Qualitative Social Research*, 12(1), 10. <https://doi.org/10.17169/fqs-12.1.1589>
- Esteban, M. L. (2004). Antropología encarnada. Antropología desde una misma. *Papeles del CEIC*, 12, 1-21. <https://ojs.ehu.es/index.php/papelesCEIC/article/viewFile/12093/11015>
- Fernández, R. (2013a). El espacio público en disputa: Manifestaciones políticas, ciudad y ciudadanía en el Chile actual. *Psicoperspectivas*, 12(2), 28-37.
<https://www.psicoperspectivas.cl/index.php/psicoperspectivas/article/view/278/283>
- Fernández, R. (2013b). Manifestaciones estudiantiles en Chile. Un relato autoetnográfico de la indignación. *Revista de Antropología Experimental*, 13, 101-112.
<http://revista.ujaen.es/huesped/rae/articulos2013/08fernandez13.pdf>
- Grez, S. (2019). Rebelión popular y proceso constituyente en Chile. En M. Folchi (Ed.), *Chile despertó. Lecturas desde la Historia del estallido social de octubre*. Universidad de Chile.
- Matus, M. (2019). Desigualdad: la grieta que fractura la sociedad chilena. En M. Folchi (Ed.), *Chile despertó. Lecturas desde la Historia del estallido social de octubre*. Universidad de Chile.
- Morales, M. (2020). Estallido social en Chile 2019: participación, representación, confianza institucional y escándalos públicos. *Análisis Político*, 33(98), 3-25.
<https://revistas.unal.edu.co/index.php/anpol/article/view/89407/75732>
- Pérez, D. y Troncoso, C. (2020). Violencia político sexual desde octubre a diciembre de 2019 en Chile: Análisis de contexto y prácticas institucionales de agentes del Estado. *Revista Estado, Gobierno y Gestión Pública*, (34), 139-171.
<https://revistaeggp.uchile.cl/index.php/REGP/article/view/58713/62246>
- Reed-Danahays, D. (1997). *Auto/Ethnography. Rewriting the self and the social*. Berg.
- Torres, O. (Ed.). (2020). *El estallido de las violaciones a los Derechos Humanos. Informe sobre los Derechos Humanos 18 octubre 2019-12 marzo 2020*. Fundación Heinrich Böll.
https://cl.boell.org/sites/default/files/2020-12/INFORME_COMPLETO_19_DIC.pdf
- Urzúa, J. M. y Calderón, M. (2020). Economía moral y estallido social: no son 30 pesos, son 30 años. la crisis del neoliberalismo en Chile. *Antropologías Del Sur*, 7(14), 283-298.
<http://revistas.academia.cl/index.php/rantros/article/view/1821/2070>